

Begoña Requeiro, una lectura

Manuel Pereira Valcárcel

Estamos solos. Necesitamos el encuentro. Los abrazos. Los cuerpos en sus delirios, en sus incendios y en sus torrentes.

Cada poema es un diálogo necesario para olvidar la soledad, el dolor, la mecánica de los almanaques.

El mundo es el mundo que se crea al amar. Son las palabras que nombran lo que se busca y se sueña. Lo demás es rutina, agendas y fracaso.

Intentar saber cómo somos por dentro para vestirnos de manera correcta por fuera.

La vida como espacio de juego y azar. Como tablero y como laberinto en el que hay que aprender a moverse. Y en el que son obligatorios determinados gestos para evitar el tributo riguroso de la devoración.

La muerte es ruina, desierto y lodo. Contra ella todos los versos. Todos los besos. Todas las caricias. Y el infatigable perfume de los recuerdos.

El dolor de las heridas, el dolor de los abandonos, el dolor del tiempo. El dolor como tasa por vivir.

Y las flores, y el mar, y el corazón. Abnegados.